

los goces de nuestros semejantes y de enriquecer los conocimientos humanos, en la asociación con seres simpáticos, en la ausencia de la superstición, en la benevolencia, en la caridad, en el culto de la verdad, en el uso completo de la libertad individual. ¿Qué significa ese conjunto de palabras, cuando vienen en pos de los funestos principios que acabamos de combatir? ¿Qué es la benevolencia, qué es la caridad en seres cuya naturaleza no es más que un poco de materia organizada? ¿Qué será el culto de la verdad, qué el uso completo de la libertad individual, si esta libertad no existe, si todos los actos del hombre son producto de irresistible necesidad? Así se procura encubrir la pobreza y falsedad de las ideas con nombres pomposos y brillantes; así se quiere alucinar á los incautos amontonando expresiones que carecen de sentido en la teoría á que se aplican. Siendo tan grosero, tan errado, tan malo todo lo que ha existido hasta aquí, ¿cómo es que les usurpáis á los antiguos sistemas sus ideas y hasta sus palabras? ¿Quién os ha enseñado á pronunciar la benevolencia, la caridad, el culto de la verdad, el uso de la libertad individual, sino ese mismo sistema á quien ingratos despreciáis? ¡Ah! es que en el vuestro os sería preciso forjar un nuevo idioma, idioma que si expresase exactamente vuestras doctrinas sería un cúmulo de absurdidades y degradación, que no os atreveríais á ofrecer á los ojos de ningún hombre que no hubiese perdido totalmente el sentimiento de la dignidad propia. Así cuando habláis de caridad, del deseo del bien de los semejantes, estas palabras tan bellas en el antiguo sistema, ó no significan nada en el vuestro, ó significan ideas repugnantes y desconsoladoras.

Según vuestras doctrinas, el hombre que tiene benevolencia, y que la realiza con actos benéficos, no practica nada noble, nada laudable, no merece que el favorecido le agradezca los favores, pues que haciendo el bien ejecuta lo que no puede menos de ejecutar: obedece á una necesidad irresistible, obra lo mismo que la lluvia que por

el impulso de su gravedad cae sobre una tierra agotada y la humedece y fertiliza. Analizad bien estas ideas; formad conforme á ellas vuestro diccionario, y atreveos á estampar en él las palabras de benevolencia y caridad.—J. B.

EL SOCIALISMO.

ARTÍCULO 4.º

CONTINÚA EL EXAMEN DE LAS TEORÍAS DE ROBERTO OWEN.

Según M. Owen la ciencia social abraza el conocimiento de las leyes de la naturaleza, la teoría más exacta de la producción y de la distribución de las riquezas, el perfeccionamiento de la humanidad, y el método del gobierno. ¿Cuál será la religión de semejante sistema? Nada menos que *la religión de la caridad*, religión que se muestra muy reservada sobre todo lo que excede nuestros conocimientos, pero que sin embargo admite un Dios criador, eterno, infinito. Es de sospechar que esta profesión de fe es una vana fórmula, un hipócrita homenaje tributado á la creencia de la generalidad de los hombres, que se llenarían de horror si se les predicase el ateísmo puro. Así es que cuando se trata de rendir culto á este Dios, criador, eterno é infinito, el fundador del sistema *racional*, no establece otra adoración que *esta ley instintiva que ordena al hombre el vivir conforme á los impulsos de su naturaleza*, y alcanzar el fin de su existencia. Este fin es la práctica de la benevolencia mutua, y el deseo sin cesar creciente de hacerse felices los unos á los otros, sin distinción de raza, de sangre ni de color. La religión es la *inquisición de la verdad*, el estudio de los hechos y de las circunstancias que producen el

bien y el mal: *amarse, gobernarse bien, vivir felizmente, he aquí lo que es agradable á Dios*. De una teoría materialista, natural era que descendiese una moral también materialista; natural era que después de haber hecho consistir el hombre en una organización material, no se hablase de premios ni castigos en la otra vida, no se mentasen las esperanzas y los temores que llegan más allá del sepulcro. Si el hombre no era más que un puñado de polvo, era muy justo que se le dejase pegado al polvo, que no se le hablase de porvenir después de la muerte, ya que esta muerte no era otra cosa que un soplo que desbarataba esa organización endeble.

La ciencia del gobierno, en el sistema de M. Owen, consiste en fijar sobre bases racionales la naturaleza del hombre y las condiciones requeridas para la dicha; así un gobierno racional debe proclamar desde luego la libertad absoluta de la conciencia, *la abolición de toda recompensa y de toda pena, origen de nuestras desigualdades sociales, en fin la completa irresponsabilidad del individuo*, ya que se le supone esclavo de sus actos. En el sistema del reformador, si el hombre obra mal, no lo debemos achacar á él, sino á las circunstancias fatales de que está rodeado. Un culpable no es más que un enfermo, y si su enfermedad llega á ser peligrosa para los demás, ábrase un hospital para las *moralidades dolientes*. Cuando las circunstancias que rodean al hombre sean tales que no le inspiren sino bien, las enfermedades de esta clase serán muy raras; y cuando se ofrezcan, *el gobierno racional proveerá á ellas por medio de un Charenton ó de un Bedlam*.

El principio con que se destruye la libertad humana, y por consiguiente toda clase de responsabilidad, trae por precisión consigo la doctrina de que el culpable es un enfermo, y no otra cosa. En efecto, si suponemos que las acciones del hombre no dimanen del libre albedrío, sino de impulsos naturales á los que sea imposible resistir, tendremos que el ladrón, el homicida y todo linaje de criminales, no cometerán sus atentados con verdadera delibera-

ción, y si sólo obedeciendo á una ley de su naturaleza. De tal suerte que quien clava el puñal en el seno de su hermano ó de su padre, no hace más que seguir el impulso á que le lleva su organización particular atendidas las circunstancias que le rodean; y no estará más en su mano el no arrojarse á semejantes actos, que el experimentar una impresión dolorosa si recibe una contusión ú otro daño en un miembro de su cuerpo.

Parece imposible que á la faz del mundo civilizado se propalen doctrinas, que á más de estar en abierta oposición con el sentido íntimo, con el grito de la conciencia, con el consentimiento del género humano, con las leyes y costumbres de todos los países, tienden á desencadenar de tal suerte las pasiones y abrir la puerta á todos los delitos; y lo singular es que una doctrina que ha sido en todas épocas la enseña de sectas pervertidas se nos presente como una invención maravillosa, como indefectible panacea para curar todos los males de la humanidad, como fecundo semillero de prosperidad y ventura.

En todos tiempos se ha reconocido que de los hombres los unos son más inclinados al bien ó al mal que los otros; la diferencia de índoles y caracteres es cosa ya tan conocida y tan generalizada, que en todos los idiomas se encuentran palabras que explican esta diversidad; pero el buen sentido del humano linaje ha distinguido siempre entre una inclinación más ó menos decidida hacia un género de actos y la verdadera demencia. En el que adolecía de la primera, aun cuando le fuera difícil abstenerse de ellos, se reconocía la libertad de no cometerlos, y por lo tanto se le imputaban á culpa; cuando al segundo, totalmente destituido de la razón, se le consideraba como un bruto que obedecía á instintos ciegos, cuya mala tendencia no comprendía, y cuyo impulso no le era posible resistir. Pero declarar de una vez que todos los hombres se hallan en este último caso, es proclamar la demencia universal; y el humano linaje tiene indisputable derecho á rechazar este ultraje sobre la frente del que se lo arroja.

Con tan bella teoría bien se deja entender lo que sería la sociedad ideada por Owen; los hombres seguros de que no habían de recibir premio ni castigo no tendrían ni estímulo para el bien, ni freno para el mal; el que se le antojase robar las alhajas de su compañero, asesinar á su amigo, violentar á una doncella, incendiar una casa, ó perpetrar otros actos semejantes, estaba cierto que cuando más se le consideraría como un enfermo atacado de inclinación al robo, al asesinato, á la violación ó al incendio; y como quiera que absteniéndose de cometer con frecuencia dichos atentados podría persuadir fácilmente que su enfermedad no es peligrosa, y que el exceso á que ha llegado no ha sido más que un accidente pasajero, hasta le sería dable evitar que se le encerrase por mucho tiempo en un Charenton ó en un Bedlam.

Sin embargo, y á pesar de tamaña evidencia de los pésimos resultados que consigo traerían tan desolantes doctrinas, M. Owen se lisonjea de que con ellas se podría crear un paraíso sobre la tierra, y organizar una sociedad donde los hombres se convirtiesen en ángeles. El principio de esta sociedad debiera ser la *vida común*, en la que trabajando cada individuo según sus medios é industria, estuviese provisto de cuanto hubiese menester. En la comunidad, la educación debiera ser la misma para todos, invariable, uniforme, dirigida de tal suerte que no *hiciera nacer sino sentimientos verdaderos y libres en su emisión, conforme sobre todo á las leyes evidentes de nuestra naturaleza*. Bajo tales condiciones, y con la ayuda de estas circunstancias, *la propiedad individual llegaría á ser inútil*; y la igualdad perfecta, la comunidad absoluta, fueran las solas reglas posibles de la sociedad.

M. Owen cree que en seguida se podrán abolir todos los signos de riqueza personal; y que la comunidad reemplazará á la familia. Cada una de estas comunidades constará de dos ó tres mil individuos que se dedicarán á industrias combinadas, agrícolas ó fabriles; de manera que puedan satisfacer á sus necesidades más esenciales. Las diversas

comunidades se enlazarán entre sí y formarán un congreso; en cada comunidad *no habrá más que una jerarquía que será la de las funciones, y esta dependerá de la edad*. Hasta los quince años el individuo recibirá educación, pero en pasando de ellos entrará en el orden de los trabajadores; los agentes más activos de la producción serán los jóvenes de veinte á veinticinco años; los de veinticinco á treinta cuidarán de la distribución y conservación de la riqueza social; los hombres de treinta á cuarenta tendrán el cargo de cuidar del movimiento interior de la comunidad; y los de cuarenta á sesenta arreglarán las relaciones de esta con las otras de los alrededores; y por fin un consejo de gobierno presidirá á este conjunto material, intelectual y moral.

Hasta ahora se había creído que era sumamente peligroso soltar el freno á las pasiones; y en todos los países del mundo, bajo todas las formas de gobierno, bajo todas las religiones, bajo todos los sistemas filosóficos que no estuviesen faltos de sentido común, se había conceptuado como de indeclinable necesidad el reprimir esos impulsos ciegos que tienden á una satisfacción momentánea, que miran á lo presente, sin dar una ojeada al porvenir; que nos llevan á un objeto sin pensar en el resultado que su goce nos puede acarrear, que nos inducen á llenar el deseo sin atender á las consideraciones de decoro, de deber, ni á nada de cuanto se encierra en el nombre de moralidad. La represión había sido juzgada como indispensable, porque la experiencia está manifestando que si damos rienda suelta á esos impulsos, nos degradan, nos envilecen, nos igualan con los brutos, acaban con todas nuestras riquezas, con nuestra salud y hasta con la existencia misma. La facultad que tiene el hombre de resistir á estos impulsos, la libertad que posee de contrariarlos, había sido considerada siempre como una de sus dotes características, como uno de los beneficios con que le favoreciera el Criador levantándole sobre la esfera de los irracionales. Quien hallándose tentado por una pasión vehemente, que

le inducía á un acto criminal, hacía un esfuerzo para dominarla y seguir el camino de la virtud, era mirado como un héroe, era propuesto como sublime modelo que debieran imitar los demás. Aquel era el hombre por excelencia: aquel había mostrado en todo su grandor la dignidad humana: aquel había usado noblemente de su razón y de su voluntad: aquel había correspondido á los designios del Supremo Hacedor, cuando formándole á imagen y semejanza suya, quiso que la conducta de esta elevada criatura no fuese regida por los ciegos instintos á que obedecen los brutos, sino por la razón destello de la divinidad, hermosísima luz que nos manifiesta el bien y el mal, que nos guía por el sendero de la vida sin que nos fuerce á seguirle, dejando en nuestra mano el que si nos place escojamos el de la perdición y de la muerte. De esta doctrina sublime, único dogma del hombre, brotaban las ideas de virtud, de cumplimiento de los deberes; la abnegación, el desprendimiento, la paciencia en los trabajos, la fortaleza en las adversidades, la serenidad en las tribulaciones, la heroica resignación á perder todos los bienes y hasta la salud y la vida, antes que empañar la conciencia con un acto reprobable. En una palabra, con el antiguo sistema se concibe la humanidad con todo lo que tiene de bello, de sublime y de grande; el hombre, si bien sujeto á defectos y miserias, es todavía una criatura noble, que lleva en su frente el sello que le imprimiera el Criador; su felicidad no está en los goces de la tierra, su destino final no se halla en este mundo, es un ilustre proscrito que alejado de su patria pasa algunos días de luto y de dolor en este valle de infortunio, pero que en el fondo de su corazón abriga la esperanza de volver á su tierra natal y de disfrutar la inefable dicha que allá le está reservada. Hijo del cielo se dirige hacia el cielo; si se aparta de este camino es por un extravío lamentable del cual le remuerde la conciencia: criado para gozar de Dios, no se satisface su corazón con los placeres de la tierra; y sintiendo en medio de ellos un hondo vacío, un malestar inexplicable,

conoce que sólo le es dado alcanzar la felicidad en la vida futura, cuando le será concedido unirse con su Criador sumergiéndose en un piélago de amor y de luz.

Toda esta belleza, toda esta sublimidad, son vanas ilusiones según el sistema de Owen; todas estas virtudes de abnegación, de desprendimiento, de resignación, de fortaleza, de heroica resistencia á todo linaje de pasiones, todo ese conjunto que nos revela nuestra dignidad, y cuyo solo nombre nos conforta y agranda, todo esto desaparece desde que se nos niega la libertad, se nos declara que obedecemos á impulsos irresistibles, se nos incita á que dejemos de forcejar contra ellos, á que nos abandonemos sin reserva á esos instintos que nos llevan á gozar hoy sin pensar en el día de mañana, desde que se pretende hacernos creer que así viviremos conforme á las leyes de nuestra naturaleza, que así no romperemos la armonía de la creación, que así nos haremos agradables á Dios, rindiéndole el único culto que le es debido.

Para todos los hombres que sientan latir en su pecho un corazón noble, estas doctrinas dejan de ser peligrosas de puro ofensivas á la dignidad humana; porque el débil mortal, si bien sujeto á muchas miserias, no abdica con facilidad los nobles títulos de su origen; y en medio de su decaimiento se asemeja á los hijos de ilustre prosapia que en medio de su abatimiento se complacen en recordar lo distinguido de su cuna, y en hacer notar que conservan todavía el lenguaje y los modales que cumplen á su hidalgo nacimiento. Nó: la humanidad no vuelve la vista hacia ese porvenir con que le brinda M. Owen; si viera que se acerca, lejos de abalanzarse hacia él lanzaría un grito de horror; como el infeliz que viviendo en la luz del día, se le intima que va á ser sepultado en una cárcel tenebrosa.

Si tal es el sistema de Owen considerado bajo el aspecto de dignidad y de moralidad, no es más lisonjero por lo tocante á los resultados económicos. Establece la vida común cimentándola sobre la expansión de todas las pasiones, y cabalmente ese género de vida es insostenible sin

la represión de ellas. En el cristianismo se ha visto realizada de una manera sublime; pero ¿cómo? basándola sobre la abnegación, sobre el desprendimiento, sobre la mortificación de la carne, sobre la abdicación de la propia voluntad, ofreciéndose el individuo en holocausto, ya sea como víctima de penitencia en la soledad del retiro, ya consagrándose todo entero al socorro de los necesitados, al consuelo de los afligidos, al rescate de los cautivos, á la instrucción de la infancia, á la conversión de los pecadores, á la propagación de la fe del Crucificado entre los pueblos sentados en las tinieblas y sombras de la muerte.

Así se concibe la vida común, así se concibe la posibilidad de que las pasiones, los intereses de los individuos, declarándose en abierta lucha no engendren primero el desorden, y no produzcan luego el trastorno y el caos; así se concibe la vida común, porque los intereses individuales desaparecen, las pasiones se amortiguan y se comprimen, todo está regido por un pensamiento común, todo está absorbido por un pensamiento común, todo subordinado al santo fin que se propusiera el fundador, todo gobernado por una voluntad á la cual es un deber sagrado el obedecer.

Pero dejad en pie los intereses individuales, dejad las pasiones en todo su vigor y energía, abandonad ese conjunto de fuerzas á sus impulsos naturales, y veréis cómo se chocan vivamente, cómo se destruyen unas á otras, sin producir esa armonía con que se lisonjeaba el soñador reformista.

Ahogado el sentimiento individual, absorbido el hombre en la comunidad, quedaría el alma sin resorte y por consiguiente vegetara en la inacción á no tener en sí misma motivos superiores que le comunicaran movimiento. ¿Creeis por ventura que ese religioso á quien veis desprendido de todo interés propio, de toda voluntad propia, dejándose manejar por otro como un cadáver, creeis por ventura, que no abriga en lo íntimo de su corazón un fondo de vida, de energía, que hace llevaderos los trabajos,

agradables las más penosas tareas, fáciles las más arduas empresas? En su semblante, en sus modales, en sus palabras, no descubris al individuo, no veis sino al miembro de la sociedad á que pertenece; pero penetrad en su alma, oidle cuando derrama en la expansión de la amistad ó en las efusiones del entusiasmo el fuego santo que lleva escondido en su pecho; allí notaréis que al desprendimiento de los bienes de la tierra ha sucedido un inmenso deseo de los bienes celestiales, que al amor mundanal ha sucedido el amor divino, que á los placeres sensuales han sucedido los dulcísimos goces de amar á Dios, de amar á sus semejantes, de ofrecer su vida en holocausto para complacer al Señor y hacer la felicidad de los prójimos.

¿Dónde están esos móviles en la sociedad excogitada por Owen? Allí se pretende que desaparezca también el individuo, que desaparezca la familia, que todo se absorba en la comunidad; pero ¿cómo? por un refinamiento de egoísmo, por un refinamiento del sentimiento individual, perdiendo todo temor de que pueda faltar lo necesario para la subsistencia, con la seguridad de que los trabajos de los demás socios proveerán con abundancia á cuanto sea menester hasta para los placeres de la vida, sea cual fuere el grado de la intensidad con que él se dedique á la tarea que le corresponde.

¿Cuál sería la consecuencia natural de un estado semejante? La pereza, la indolencia más cumplida, el total abandono á los malos instintos, á todo linaje de pasiones, pudiendo asegurarse que en el breve tiempo que durar debiera una sociedad de esta clase, habría la más repugnante injusticia en la distribución de los productos, pues que los muchos perezosos y malos se aprovecharían de los sudores de los pocos laboriosos y buenos.

El ensayo hecho por el mismo Owen en la América debiera haberle enseñado estas verdades. Lo acontecido en New-Harmony no es un caso excepcional, sino un ejemplo de lo que por necesidad se verificaría en todos tiempos y países. M. Owen empeñado en no reconocer los vicios ra-

dicales de su sistema, achaca el mal éxito de su tentativa á los elementos de que se componía su colonia; mas no advierte que el mismo mal que se halló en ella se encontraría en todas las otras en grado más ó menos intenso; y que si bien suponiendo una reunión de hombres más inteligentes y morigerados los inconvenientes no serían por de pronto tan graves, el maligno germen se desarrollaría á la sombra de la misma institución, y lejos de mejorarse los individuos de que constaría la comunidad, se irían maleando cada día más, hasta parar á un estado que les imposibilitaría de continuar reunidos.

El quejarse de los hombres, de su mala índole, de su falta de instrucción y educación, de sus perversas inclinaciones, de sus hábitos viciosos, es empeñarse en resolver el problema, sin contar con uno de sus datos más esenciales; porque precisamente en todas las reformas en que se trata de plantear una nueva organización social, es menester contar con los hombres tales como son en sí, no como nosotros deseáramos que fuesen.

Aun cuando el sistema de Owen fuese muy racional y muy justo, bastaría que exigiese una preparación imposible para que debiera ser mirado como una utopía irrealizable. Mas no está el mal en exigir una preparación en los espíritus de todo punto imposible, sino en que para prepararlos se comienza echándolos á perder, destruyendo el sentimiento de la propia dignidad, negando la libertad, la responsabilidad, la conciencia, anonadando á todo el hombre moral, desenvolviendo todas las pasiones, inspirando amor á los goces, persuadiendo de que nuestro más alto destino es pasar aquí en la tierra una vida agradable y placentera; en una palabra, quitando todos los estímulos que pueden conducir al bien, quebrantando todos los frenos que pueden retraer del mal, y dejando al hombre abandonado al ímpetu de sus pasiones, sin norte, sin guía, como bajel desmantelado en medio de las tempestades del Océano.

Esta breve reseña analítica que acabamos de hacer de

las doctrinas de Owen, es una confirmación de lo que hemos sentado al principio, de que los hombres que contemplan la sociedad, prescindiendo de las luces de la religión cristiana, se extravían lastimosamente, no sólo en lo que toca al origen de nuestros males, sino también en lo relativo á sus remedios; son pésimos filósofos cuando se proponen explicar las causas del malestar del linaje humano, y muy miserables hombres de gobierno cuando intentan destruir la organización existente y reemplazarla con otra nueva que allá en sus sueños excogitaran.— *J. B.*

BARCELONA.

ARTÍCULO 3.º

SE DESVANECE UN ERROR SOBRE LAS CAUSAS DE SUS REVUELTAS.

Después de habernos ocupado de la parte material de Barcelona, justo es que fijemos nuestra atención en la política, social y moral. Desde luego salta á los ojos que esta ciudad se halla en circunstancias muy excepcionales con respecto á las demás poblaciones importantes de España. Basta pasar de ella á Zaragoza, Valencia, Sevilla ó Madrid, para palpar la diferencia. Al verla con sus numerosas fábricas, sus repletos almacenes, sus magníficas tiendas, sus elegantes edificios; al notar los hábitos de aseo en todas las clases; al observar el espíritu de trabajo y de adelanto que las domina, diríase que Barcelona no pertenece á España, sino que es una importación que se nos ha hecho de Bélgica ó de Inglaterra, célebre por las